

El Paisano de Jamaica

Fco. Javier Romero Valentin



EL PAISANO DE JAMAICA

Francisco Javier Romero Valentín

javier@javierromerovalentin.com

www.javierromerovalentin.com

*A Adri,
Por ser mi paisana.*

*Y a mis padres,
Por haberme enseñado gran parte de los valores
Que en esta novela se transmiten*

PARTE PRIMERA

PREPARATIVOS DE GUERRA.

30 de Enero a 14 de marzo de 1741.

Capítulo 1

Cartagena de Indias, 30 de enero de 1741

Las aguas se agitaban pacíficas mientras la embarcación, que resultaba casi diminuta en comparación con los seis poderosos navíos que protegían la bahía, se iba aproximando lentamente al puerto tras haber atravesado el paso de Bocachica, nombre éste que en verdad resultaba acertado teniendo en cuenta tanto la estrechez del mismo como la impresión que causaba de ser un ente con vida propia dispuesto a engullir al osado incauto que tuviera la desfachatez de internarse en uno de los más preciados territorios del Imperio Español.

Y sin embargo, al hombre que en la proa del balandro observaba los movimientos de la gente en el aún lejano muelle que se divisaba más allá de la bahía interior, le daba la impresión de estar abordando la entrada más asequible de todo El Caribe.

Ni tan siquiera la presencia de los fuertes de San Luis y de San José, que se alzaban imponentes a cada lado de la media milla escasa que tenía de anchura el paso, habían logrado calmar el agitado ánimo de Diego de Rojas. Las murallas de piedra blanquecina del primero mostraban desde el norte su enrojecida puerta de metal cerrada a cal y canto, negando la paz que insinuaban las palmeras que asomaban por encima de los muros de piedra que lo protegían. En el de San José, al sur, reclamaban su atención los soldados apostados en las almenas y garitas de disparo, de aspecto serio y profesional y motivo de orgullo de cualquier militar.

Pero ni unos ni otros, ni protecciones terrestres ni humanas, conseguían aplacar en lo más mínimo los temores del hombre que agitaba la cabeza con aire crítico en el interior de balandro que con paso lento pero imparable le

iba introduciendo cada vez más en la bahía de Cartagena de Indias.

Diego de Rojas sabía que debía haber sentido cierta calma al amparo de todas aquellas muestras de seguridad, pero a la luz de la información que ocultaba el rollo de papel que sostenía en su mano derecha la calma era un sentimiento imposible de alcanzar. Ni tan siquiera la ingeniosa cadena tendida entre los dos castillos, que ya había servido en alguna ocasión para detener al enemigo, parecía suficiente ahora. En verdad toda protección le parecía pueril, y ni tan siquiera diez fuertes con miles de hombres en su interior habrían logrado tranquilizarle. Tan sólo un dato le producía cierto consuelo: pensar en el hombre que estaba al mando de aquellas defensas.

Con el mismo ánimo atribulado vio que llegaban al fin de la bahía exterior y se introducían en la interior, dejando a los lados los fuertes del Castillo Grande y del Manzanillo, que igualmente no le ofrecieron tranquilidad alguna, menos incluso que los que había dejado atrás, por ser de menor tamaño y no causar el mismo efecto intimidatorio que San Luis y San José.

Una vez pasado el canal y a pesar de su desazón, su atención se vio distraída por primera vez cuando unas pequeñas barcas, que en verdad parecían aspirar a convertirse en pruebas de la existencia de Dios por el mero hecho de flotar, se acercaron hacia él. Venían en ella varios niños de piel negra y edades comprendidas entre lo que debían ser los siete y quince años, y al instante empezaron a agitar los brazos y a pedir con voces chillonas alguna moneda al hombre del balandro.

Diego sonrió por primera vez en muchas horas. No pudo evitarlo. Por un instante le dio la impresión de transportarse al pasado y ser él mismo quien estaba en una de aquellas barquichuelas. No hacía tanto que así había sido, aunque ahora le parecieran siglos. Por ello no dudó ni un instante en sacar varias monedas y lanzarlas al agua, tenien-

do especial cuidado de que ninguna de ellas fuera directamente al interior de alguna de las barcas. No había mala intención en sus actos, sino simplemente un deseo de ayudar a los pequeños en su juego.

No tardaron todos ellos en prorrumpir en gritos de alegría y en lanzarse al agua para capturar las furtivas monedas, compitiendo para ver quién sería el más hábil a la hora de hacerse con aquel presente que les había sido concedido. Diego vio cómo algunas de las doradas monedas refulgían con los rayos del sol e iban a mezclarse con el bello coral que se divisaba a través de las límpidas aguas, e incluso percibió la enorme y pacífica forma de algún manatí que nadaba plácidamente junto a los niños, esperanzado quizás en que alguna de aquellas monedas fuera un extraño vegetal del que poder alimentarse. Los pequeños buceaban casi con la misma facilidad que aquellos mamíferos de caras bonachonas, y alguno no tardó en regresar a la superficie con el trofeo en forma de moneda asido en su mano, lanzando exclamaciones de triunfo por el éxito obtenido; pero cuando esto hubo ocurrido, la atención de Diego de Rojas ya había dejado de estar centrada en la idílica escena que él mismo había causado. Su vista y sus pensamientos estaban de nuevo orientados al puerto, a esas maderas que cada vez estaban más cercanas mientras su navío bordeaba Tierra Bomba, recordándole una vez más su inapelable y perentoria obligación.

En cuanto el balandro hubo arribado a puerto, Diego de Rojas bajó con prontitud del mismo. Un soldado se acercó de inmediato a él. Su casaca azul y su sombrero puntiagudo remarcaban un aspecto de malas pulgas que, por otro lado, el hombre hacía visibles esfuerzos por aumentar. Su mera presencia y su gesto adusto hacían indicar que el gobernador de Cartagena se tomaba en serio la defensa de la ciudad, e incluso hacían intuir que ya debía estar avisado del peligro que corrían. En cualquier caso, tam-

poco Diego estaba para cortesías, por lo que fue directamente al grano.

-He de ver lo antes posible al almirante Blas de Lezo – informó sin más preámbulos-. Tengo información vital que entregarle –añadió cuando intuyó un amago de protesta en el soldado, al tiempo que le mostraba el canuto de papel enrollado y lacrado con el sello del gobernador de La Habana, estampilla que tuvo especial cuidado en mostrar por la parte superior para que fuera vista de inmediato.

El soldado titubeó por un instante. Era evidente que no había imaginado ni por un momento que un hombre de aspecto tan desarrapado pudiera ser el mensajero de un gobernador. Diego de Rojas sintió su mirada clavada en su rostro, especialmente en la barba que a duras penas podía ocultar la gran cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda desde la oreja hasta casi la boca. No tuvo duda alguna de lo que debía estar pensando el soldado.

“Corsario. O peor aún, pirata”.

-Es importante que vea a Lezo –insistió al ver que no se decidía a darle paso.

El hombre titubeó una última vez, para finalmente tomar una resolución.

-Si tenéis información importante para Cartagena de Indias, es con el virrey Eslava con quien debéis hablar, no con el almirante Lezo.

Diego de Rojas reflexionó un instante antes de responder. No había esperado aquel inconveniente. Su mensaje era para Lezo, no para Eslava, pero sabía perfectamente que la máxima autoridad desde hacía unos meses en Cartagena de Indias correspondía a aquel hombre al que aún no conocía en persona. En cualquier caso no había tiempo para dudas; lo más importante era entregar la información, no a quien hacerlo, por lo que terminó realizando un asentimiento brusco de cabeza.

-Llebadme pues ante el virrey.

El soldado se dio la vuelta para hacer venir a un coche de caballos, momento que aprovechó Diego de Rojas para volverse y acercarse a uno de los muchachos que anteriormente había visto jugar en las barcas, y que habían regresado ya al puerto al haber recuperado todas los tesoros que él había arrojado. Escogió al que parecía más espabilado de todos; no en vano había logrado hacerse con tres de las monedas que había lanzado al agua.

El chico lo miró con desconfianza, temiendo quizás que el forastero pretendiera recuperar el obsequio que anteriormente les había regalado. El agua le caía por la oscura piel de su desnudo torso e iba a mezclarse con la que empapaba sus descosidos pantalones, que muy posiblemente hubieran usado varios hermanos antes que él y que desde luego hacía muchos años que había olvidado sus mejores tiempos.

Diego le tranquilizó de inmediato con un gesto de su mano.

-No voy a quitarte las monedas –le avisó antes de que pudiera darse a la fuga.

El chico no dijo nada, pero pareció recuperar parte de su valor al percibir la presencia de sus amigos, quienes de inmediato le rodearon para intentar crear cierta fuerza grupal que intimidase al posible enemigo.

-¿Sabes quién es el almirante Lezo? –preguntó Diego de Rojas sin más preámbulos.

El muchacho mantuvo su empecinado silencio.

-¿Sabes quién es o no? –insistió con impaciencia, al tiempo que comprendía que no sacaría ninguna información de no recurrir a alguna otra moneda que aflojara la lengua y la voluntad del pequeño cartaginés.

-Mediohombre –asintió por fin éste cuando tuvo la moneda en su mano.

Diego no pudo evitar sonreír levemente al escuchar el tan manido sobrenombre con el que a menudo era conocido Lezo.

-Así es –corroboró de inmediato-. Pues escúchame, quiero que vayas a su casa lo más rápido que puedas y que le digas que Diego de Rojas ha llegado a Cartagena de Indias para traer una importante información, que se encuentra en la mansión del virrey Eslava y que quiere verle lo antes posible. ¿Me has comprendido?

-Diego de Rojas. Información importante. Eslava. Lo antes posible –enunció el chico con el aire de quien supera una prueba excesivamente sencilla.

-Si le das la información, él te recompensará con otra moneda. ¿De acuerdo?

No hubo ninguna palabra de asentimiento, pero Diego confió en que el hecho de que todos salieran corriendo en dirección al barrio de Getsemaní significase que habían decidido hacerle caso. Nada más podía hacer ya, entre otras cosas porque el soldado había acudido a su lado para hacerle subir al coche que ya le esperaba.

El nerviosismo de Diego hizo que apenas reparase en el paisaje que se fue desplegando a su alrededor mientras el carruaje recorría las calles de Cartagena de Indias. Perdidó en sus pensamientos, ignoró la miríada de casas de diferentes colores que fueron desfilando ante sus cansados ojos, así como la mezcla de personas que habitaban la ciudad. Diego repasaba mentalmente una y otra vez el modo en que habría de darle la información al virrey Eslava y era incapaz de pensar en ningún otro asunto banal. Acompañado en todo momento por el soldado que le había recogido en el puerto, llegó por fin a la hermosa mansión en la que habitaba el nuevo virrey de Nueva Granada, y por extensión gobernador de Cartagena de Indias. Atravesando un gran portalón, llegó a un fresco patio interior en cuyo centro una pequeña fuente proporcionaba un aspecto pacífico y relajante, efecto acrecentado por las esbeltas palmeras que la circunvalaban, completadas en su parte inferior por helechos que conferían al conjunto de un bello color verde-

so. Elevando la mirada hacia el piso superior, Diego comprobó que una hermosa balconada de madera dejaba entrever entre sus barrotes diversas puertas de caoba, la mayoría de ellas cerradas a cal y canto. Parecía evidente que tras alguna de ellas se encontraría Eslava, por lo que Diego de Rojas comenzó a repasar una vez más el mensaje que debía transmitir. Sin embargo, su sorpresa fue grande cuando, una vez atravesado el patio y llegados a la habitación que había enfrente de la puerta principal, la cual no era más que un hall en el que comenzaban las escaleras que llevaban al piso superior, el soldado le señaló un banco y le pidió que aguardase sentado en él hasta que Eslava tuviera tiempo para recibirle en audiencia.

Sorprendido por aquella demora que resultaba casi insultante, dudó por un instante en desobedecer la orden, pero entendió que de nada habría servido al ver una vez más el rostro adusto del soldado. Resignado, dejó escapar un impaciente suspiro al tiempo que tomaba asiento y se mesó su cicatriz con fuerza repetidas veces.

El tiempo a partir de aquel instante se le hizo eterno, especialmente porque no era capaz de entender que pudiera haber algo más importante que el mensaje que traía de parte del gobernador de La Habana. Entendía que no le había dicho al soldado la naturaleza del mismo, como tampoco lo haría unos minutos después con el secretario que le interrogó al respecto, pero sí que había hecho especial hincapié una y otra vez en la gravedad del mensaje. No tenía sentido someterle a aquella espera impuesta por unos funcionarios ineficientes que parecían no tener mejor cosa que hacer que hacerle perder el tiempo, una espera que, por otra parte, terminó por convertirse en más de una hora y no en los breves minutos que le habían sido comunicados.

Diego de Rojas notaba cómo su paciencia se iba agotando a cada instante que pasaba, y estaba comenzando a sopesar la idea de forzar la entrada al despacho del virrey

cuando un sonido extremadamente familiar distrajo sus pensamientos. Comenzó con un repiqueteo leve que fue ganando en intensidad a la par que la fuente del mismo se iba acercando a él. Sonrió sin volver la cabeza hacia la fuente del sonido e imaginó a la conocida figura que lo causaba aproximándose hacia él. El taconeo era cada vez más intenso y delataba un caminar fuerte y decidido, además de rápido. Sin lugar a dudas, el hombre que había mandado llamar había entendido mucho mejor que el virrey la gravedad del asunto que le había llevado a Cartagena de Indias.

Cuando el sonido estuvo más cercano, volvió la cabeza hacia la entrada de la mansión y confirmó que sus recuerdos eran fieles a la imagen del hombre que venía hacia él. Blas de Lezo caminaba con paso rápido y decidido, balanceándose ligeramente a causa de la pata de palo que portaba en su extremidad izquierda, si bien Diego entendió rápidamente que no era aquel el material elegido por el almirante. El sonido afilado del eco que reverberaba en cada una de las paredes a cada paso de Lezo, le hizo saber al instante que aquel día había decidido usar la pata de metal, la cual le ayudaba a sufrir menos resbalones sobre el suelo liso. Su balanceo resultaba además más acusado a causa de la inmovilidad de su brazo derecho, que colgaba inerte al lado de su torso, aunque ninguna de aquellas adversidades le hiciera caminar más lento de lo que lo habría hecho un joven que acudiera a una primera cita con su amada.

Sin aflojar por un momento su rápido caminar, Lezo llegó por fin ante Diego, al que observó con su único ojo sano, el derecho, dejando involuntariamente el izquierdo entreabierto y mostrando la pupila que se encontraba dirigida hacia algún lugar indeterminado, olvidada la función para la que la naturaleza la había creado muchos años atrás. Era fácil deducir al verle por qué el pueblo llano había elegido aquel apodo de Mediohombre para referirse a su persona.

Los dos hombres se miraron por un instante sin decir nada. Diego de Rojas comprobó que, a pesar de la urgencia, Lezo había encontrado tiempo para vestirse con una pechera de porte marcial y que había rodeado su cuello con un elegante pañuelo de encaje, además de haber revestido su cuero cabelludo con una peluca de aspecto blanquecino. No esperaba menos de él. En su rictus serio, algo más avejentado del que recordaba de unos años atrás, pudo distinguir un leve brillo de afecto, si bien era consciente de que, en público, el almirante no daría ninguna muestra de cariño, hecho que refrendó su frío y marcial saludo.

-Rojas.

-Almirante Lezo –correspondió Diego, sabedor de que debía darle el mismo trato.

-Tengo entendido que traéis información relevante de parte del gobernador de La Habana.

-Así es, almirante. Me dijeron en el puerto que debía transmitirlos al virrey, pero supuse que querríais estar presente cuando lo hiciera.

-Supusisteis bien –confirmó Lezo, al tiempo que miraba con cierta ansiedad el rollo de papel que en ningún momento Diego de Rojas había soltado. Éste reparó en su mirada y se dispuso a pasarle la información al almirante, pero antes de poder hacerlo, fue interrumpido por el secretario del virrey, que había descendido por las escaleras sin hacer el más mínimo ruido.

-Señor Rojas, el virrey le recibirá en estos momentos.

El aludido no pudo evitar cierta sorpresa ante la casualidad que había supuesto el hecho de que por fin recibiera audiencia en el justo momento en el que había aparecido Lezo. Años de conocer las intrigas de los hombres le dijeron que algo más que el azar debía haber influido en aquella decisión, hecho que fue remarcado por el brillo de diversión que divisó en el único ojo sano de Blas de Lezo.

-Supongo que yo también estaré invitado a la audiencia, dada la naturaleza de la misma –apostilló el almirante antes de que el secretario pudiera decir nada más.

El hombre titubeó al respecto, hecho que aprovechó Lezo para cortar de raíz cualquier amago de protesta.

-Puedo aseguraros que así será. No os molestéis en reflexionar al respecto y acompañadnos al despacho del virrey, si sois tan amable.

Lezo y Rojas caminaron el uno al lado del otro siguiendo la estela del secretario. El almirante no tuvo dificultad alguna para subir los escalones a pesar de su impedimento natural, y cuando llegaron al piso superior, el ujier les hizo pasar por delante de dos puertas de recia madera antes de llegar a una tercera, que golpeó con aire solemne. Una voz les invitó a entrar.

Diego de Rojas se encontró por primera vez en su vida frente al virrey Eslava, que se levantaba en ese momento de su silla situada detrás de un lujoso escritorio de madera, en el que al parecer había permanecido absorto en diversos documentos que debían haber sido de suma importancia para haberle tenido tanto tiempo esperando. Resultaba obvio que no había sido ninguna otra visita el motivo, ya que en la hora que Rojas había estado esperando pacientemente al lado de la escalera no había visto a nadie subir ni bajar por ella.

Eslava ofrecía un aspecto aún más adecentado que el de Lezo. Su peluca, blanca e impoluta, estaba adornada por decenas de rizos que le conferían un aire elegante. Vestía con pantalones y chaqueta negros, si bien esta última prenda estaba terminada en las mangas y en la parte del pecho por brocados de oro que hacían graciosos dibujos. Debajo de todos sus abalorios, Eslava mostraba una nariz afilada, unas cejas arqueadas y una mirada profunda y algo hosca que hizo que Diego se pusiera inconscientemente a la defensiva. Daba la impresión el virrey de ser un hombre huraño, más acostumbrado a estar encerrado en una biblio-

teca que a relacionarse con los seres humanos. Aún así, le saludó con la cortesía que merecía su cargo.

-Señor virrey –habló mientras realizaba una reverencia-, traigo para vos una importante notificación del gobernador de La Habana.

-Así me ha dicho mi secretario –confirmó Eslava-. Al parecer, vuestro comunicado no admite demora alguna, según ha añadido.

-Así lo considero, excelencia; aunque a pesar de ello la haya habido –no pudo evitar señalar con cierta ironía.

Lezo, a su lado, no hizo comentario alguno, pero creyó distinguir cierto movimiento en su cuerpo que los años le habían enseñado que obedecían a una perversa diversión.

Eslava endureció algo más su gesto.

-¿Y vos, señor Lezo? –preguntó tras dirigir cierta mirada de desprecio a Diego de Rojas- ¿Acaso conocéis a este hombre? Deduzco que vuestra prontitud en acudir a esta audiencia, así como el simple hecho de que sepáis de la misma, ha de obedecer a esta causa.

-Así es, virrey. Diego de Rojas lleva años trabajando para mí.

-¿De veras? –preguntó sorprendido- ¿Acaso es él el paisano de Jamaica?

Lezo asintió con un contundente y marcial asentimiento de cabeza.

-Está bien –asintió Eslava tras un momento de reflexión en el que pareció decidir que merecía la pena escuchar a aquel extraño hombre cuya cicatriz tan mal hablaba de su pasado-. Ya que os encontráis avalado por Blas de Lezo, veré vuestro documento, pero antes quizás podáis adelantarme la naturaleza de vuestra información –añadió, al tiempo que tomaba el rollo de papel de Diego de Rojas en su mano y estudiaba con atención y minuciosidad el sello del gobernador de La Habana.

-Los ingleses desean tomar Cartagena de Indias –informó Diego sin más preámbulos.